

cio é implorando el favor de la Reina de los cielos. Con este acto empezó públicamente la vida santa de Ignacio.

En la serie de todos estos sucesos habrá notado el lector la continua intervención de María Santísima en la santificación de Ignacio, y la mutua correspondencia de amor y beneficios que se establece entre la Madre de Dios y nuestro santo Padre. La conversión de Ignacio se determina una noche delante de un cuadro de María; poco después la Reina de los cielos se aparece á Ignacio y le confirma en sus propósitos. Cuando puede salir de casa Ignacio, va á rezar una salve á la vista de Nuestra Señora de Olaz. Al despedirse de su casa, los primeros pasos de Ignacio se enderezan á Nuestra Señora de Aránzazu; el primer dinero de que puede disponer en Navarrete lo emplea Ignacio en adornar una imagen de María; en el camino de Monserrat defiende la pureza de María contra las blasfemias de un moro; en ese mismo camino hace voto de castidad, ofreciéndolo al Señor por mano de María, y ahora, deseando armarse caballero de Cristo, vela sus armas ante el altar de María. ¡Cuán claro aparece que la mano de María Santísima andaba en este negocio, y que, después de Dios, á nadie se debe tanto la santificación de Ignacio y la fundación de la Compañía de Jesús, como al corazón maternal de la Santísima Virgen!

### CAPÍTULO III

#### SAN IGNACIO EN MANRESA

SUMARIO: 1. Sitios en que vivió Ignacio.—2. Su género de vida.—3. Personas que le trataron.—4. Tentaciones manifiestas.—5. Escripulos.—6. Favores extraordinarios de Dios.—7. El rapto de ocho días.—8. Escribe los Ejercicios.—9. Peregrina á Jerusalén.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. Cámara, c. II y III.—2. Polanco, c. II y III.—3. Láinez, *Ubi supra*.—4. Nadal, *Ubi supra*.—5. Ribadeneira, c. V, VI, VII, VIII y IX.—6. P. Francisco Vázquez, *Carta original*.—7. Procesos de beatificación.—8. Juan Pascual, *Relación*.

1. Apenas amaneció el día de la *Anunciación* del año 1522, Ignacio, vestido ya de peregrino y armado caballero de Cristo, oyó misa y comulgó devotísimamente en Monserrat. Cuando hubo dado gracias á Dios por este beneficio, salió del santo monasterio y empezó á bajar la cuesta del monte. Al poco tiempo encontróse con Inés Pascual, viuda piadosa y bien acomodada, que residía por entonces en Manresa, la cual, en compañía de su hijo Juan y de otras personas, había ido á visitar á Nuestra Señora de Monserrat, y cumplida esta devoción, se volvía á Manresa. Acercándose al grupo nuestro caminante, preguntó si habría en aquellos contornos algún hospital donde pudiera recogerse. Sorprendió á todos el extraño aspecto de aquel hombre, vestido de jerga, descalzo de un pie y con bordón en la mano, sobre todo cuando repararon que los rubios y elegantes cabellos y la delicadeza de las facciones no hacían buen juego con lo astroso y desharrapado del traje. La discreta Inés Pascual, que presintió algo de lo que aquel hombre podía ser, respondió á la pregunta, diciendo que el hospital más cercano estaba en Manresa, y que si él quería seguirla, ella le conduciría hasta las puertas del hospital. Aceptó el peregrino tan cristiano ofrecimiento, y cojeando penosamente siguió al grupo de caminantes (1).

(1) Nos cuenta este encuentro el mismo Juan Pascual, en su relación.

No habrían andado una legua, cuando se oyeron llamar á la espalda por un hombre que á toda prisa los seguía. Esperáronle, y el recién venido, encarándose con Ignacio, le preguntó si era verdad que él había dado unos vestidos preciosos á cierto mendigo á quien la justicia había puesto en la cárcel, por creer que los había hurtado. Confesó Ignacio la verdad, y considerando la tribulación que había ocasionado al inocente mendigo, no pudo contener las lágrimas (1). Despertada con esto la curiosidad, preguntóle aquel hombre quién era, de dónde venía, cómo se llamaba; pero á nada de esto quiso responder Ignacio, porque vió que no era menester para librar al pobre encarcelado. Con este incidente confirmóse Inés Pascual en la idea que había concebido, de que no era persona vulgar aquel pobre cojo que la seguía. Cuando llegaron á Manresa, ella misma le condujo al hospital, le recomendó á la hospitalera Jerónima Claver, y aquella misma tarde le envió de limosna la cena que halló preparada para sí, y consistía en una taza de caldo y una gallina (2).

La estancia de San Ignacio en Manresa es un episodio importantísimo de su vida, pues ya entonces plantó Dios en el alma de nuestro santo todas las virtudes que después había de ejercitar, y ya en aquellos meses ejecutó San Ignacio en pequeño, lo que después había de hacer en mayor escala en todas las regiones donde vivió.

Al tratar de San Ignacio en Manresa, lo primero que desea saber la curiosidad es el sitio en que vivió. Los PP. Cámara y Ribadeneira dicen únicamente que Ignacio dirigió sus pasos desde Monserrat al hospital de Manresa. Ni Laínez, ni Polanco, ni Nadal hablan palabra sobre la vivienda de Ignacio, lo cual no debe maravillarnos mucho. Aquellos hombres espirituales se aplicaron ante todo y sobre todo á estudiar el estado psicológico y el progreso espiritual de nuestro santo Padre, y prescindieron de estas materialidades topográficas, á que nosotros damos hoy tal vez excesiva importancia. En los procesos apostólicos para la beatificación, hechos en Barcelona en 1606, el testigo Onofre Pablo Cellers, deán de aquella ciudad, de setenta años, precisa de este modo la serie de domicilios en que moró San Ignacio. Según este testigo, nuestro santo Padre, después de vestirse del saco, se retiró á hacer penitencia á una cueva de Monserrat, de donde venía á pedir limosna á las puertas del monasterio y á confesarse con el P. Chanones. Mas como observase

(1) Cámara, *Vida del P. Ignacio*, c. II.—(2) Juan Pascual, *Relación*.

que los monjes y otros peregrinos se acercaban á la cueva para mirar lo que él hacía, se retiró de allí á la cueva de Manresa, y al cabo de algún tiempo, movido por el celo de aprovechar á los prójimos, pasó á morar en el hospital de Santa Lucía. Tres, por consiguiente, fueron las viviendas de San Ignacio: primero, la cueva de Monserrat; después la de Manresa, y por fin el hospital de Santa Lucía (1).

El dicho de este testigo nos parece inadmisibile, ya porque contradice manifiestamente al testimonio del P. Cámara (2), ya porque no ha quedado vestigio ni tradición de la tal cueva de Monserrat. Esta invención parece haber procedido de aquel afán que hubo algún tiempo de llevar hacia Monserrat toda la gloria posible de San Ignacio (3).

Generalmente se cree que el santo patriarca, después de vivir breves días en el hospital de Santa Lucía, pasó á la célebre cueva de Manresa, donde habitó la mayor parte del tiempo que se detuvo en esta ciudad. Sin embargo, consideradas las respuestas de los testigos más antiguos examinados en los procesos, parece que debemos modificar algún tanto esta opinión. Según se desprende de esas respuestas, el santo moraba en el hospital ó en alguna casa particular (4), pero se dirigía habitualmente á la cueva, para orar y hacer penitencia. Para creerlo así, nos fundamos en las tres razones siguientes: 1.<sup>a</sup> En el primer proceso de Manresa, hecho en 1595, se consagra el art. 5.<sup>o</sup> á examinar si es verdad que Ignacio solía orar y hacer penitencia en

(1) *Cum ipse P. Ignatius per aliquot dies mansisset in dicto monasterio frequentando sacramenta ecclesiastica, tempore sui discessus dono dedit dicto monasterio ad ejus servitium equum quo gestabatur, et inde pedester ipsum discessisse a dicto monasterio et postmodum remansisse in eodem monte, et in quadam spelunca per tempus aliquod permansisse, et certis diebus accedebat ipse Pater Ignatius ad dictum monasterium eleemosinam petiturus, quae sibi libenter a monachis dicti monasterii tribuebatur. Cum autem nimia frequentia tam monachorum, quam aliorum illuc declinantium inquietaretur, inde iter fecit versus Minorissam, ibique circa dictam civitatem in quodam parvo monte et spelunca ejusdem montis per aliquod tempus permansit, et postmodum pietate erga pauperes infirmos motus devenit ad hospitale Sanctae Luciae, dictae civitatis Minorissae. (Proceso remisorial de Barcelona, f. 70.)*

(2) *Vida del P. Ign.*, c. II. Nótese que este hecho es el único dato cronológico que nos da Cámara, acompañado del suceso del alguacil que preguntó á Ignacio si había dado los vestidos á un pobre.

(3) Sabido es que en el siglo XVII se llegó al extremo de afirmar que San Ignacio había vestido el hábito de San Benito. Véanse los Bolandos (*Acta Sanctorum. De S.<sup>to</sup> Ign.*, § 4.<sup>o</sup>).

(4) Juan Pascual dice que su madre, á los cinco días de llegar Ignacio á Manresa, le buscó aposento en casa de una familia piadosa, donde pudiera recogerse y vivir más tranquilo y sosegado.

ciertos sitios conocidos de Manresa, á los cuales el pueblo conserva devoción por este motivo. Los testigos, entre los cuales hay uno ocular, Bernardo Matilla, responden afirmativamente, y señalan como los tres sitios más célebres, la capilla del hospital de Santa Lucía, la ermita de Villadordis y la cueva; pero ni dan á ésta la preferencia sobre las otras, ni dicen una palabra por donde se infiera que la famosa gruta fué vivienda de San Ignacio (1). 2.<sup>a</sup> En el proceso apostólico de Barcelona, el testigo 39, refiriendo el dicho de Bernardo Matilla, afirma que Ignacio mientras vivía en Manresa, se dirigía á la cueva para hacer penitencia (2). Si se dirigía á la cueva, señal es que no vivía en ella. 3.<sup>a</sup> En el proceso de Manresa en Prats, hecho en 1595, fueron interrogados dos testigos casi nonagenarios, que habían conocido á San Ignacio, Gabriel Perpiñá, presbítero, y Damiana Fabrés, viuda. Esta segunda, respondiendo á las preguntas sobre los sitios santificados por Ignacio en Manresa, dice que el santo solía ir todos los días á la cueva que está junto al monasterio de los capuchinos (3). Esto parece indicar que Ignacio tenía su vivienda en otra parte. Lo natural es que el santo estuviese alojado en el hospital de Santa Lucía, ó en casa de algún piadoso bienhechor, y que como salía diariamente á oír misa en los templos, así se encaminase á la cueva, para ocultar en ella sus largas oraciones y penitencias.

2. El género de vida que hizo Ignacio en Manresa fué espantosamente austero. Tenía siete horas de oración cada día, y todas siete de rodillas, circunstancia muy reparable en un hombre recién curado de tan graves heridas en las piernas. Tres veces cada día se disciplinaba sin piedad (4). Su comida era lo que recogía de limosna; pero si le

(1) *Proceso de Barcelona y Manresa*, f. 226 y sigs.

(2) *Audivisse a suis parentibus et a dicto Matilla, quod Pater Ignatius, dum habitaret Manresae, se conferebat ut faceret poenitentiam ad quamdam speluncam sub monasterio capuccinorum, quod antea vocabatur Ecclesia Sti. Bartolomaei, qui locus erat tunc temporis valde austerus et inhabitabilis, et ad faciendam orationem et alia sancta exercitia locus valde aptus et accommodatus, et supra flumen Cardoner, a qua spelunca videbat montes Sanctae Mariae de Montserrat et unam capellam Sanctae Catharinae et Monasterium Sti. Pauli, ibique orabat, etc.* (*Acta Beatif. B. Ignatii*, f. 168.)

(3) *Solebat qualibet die ire..... ad speluncam seu antrum hodie existens prope monasterium capuccinorum.* (*Summar. Act. et Test.*, f. 97 et seqq.)

(4) Toda esta descripción de la penitencia de Ignacio la tomamos del P. Cámara (c. II), con el cual convienen, sin discrepar casi un ápice, los Padres Láinez, Polanco, Nadal y Ribadeneira en los pasajes citados en el encabezamiento de este capítulo. Véase también *Acta Beatif. B. Ign.*, art. 45, donde se trata de *poenitentia et abstinentia*.

daban carne ó vino, como lo hacían tal vez algunas personas buenas que pronto le empezaron á estimar, no lo probaba él, sino que lo repartía entre los otros pobres. Solamente los domingos y días de fiesta se permitía el regalo de un poco de vino. Confesaba y comulgaba cada ocho días, y asistía diariamente al santo sacrificio de la misa y al canto de vísperas, en las cuales, aunque no entendía aún los salmos, empezó á sentir aquella tierna devoción que siempre experimentó después al rezar el Oficio divino. Su vestido ya queda descrito más arriba. Y como antes había sido muy curioso en cuidar el cabello y ataviar su persona, ahora, para castigo de esta vanidad, llevaba la cabeza descubierta, y dejó crecer el cabello y las uñas.

Esta fué la vida de Ignacio en Manresa. Los cuatro primeros meses los pasó con suma tranquilidad, orando vocalmente, porque entonces, como nota Polanco, aun no tenía experiencia de oración mental. Las tentaciones que en este tiempo se le ofrecieron las venció sin ninguna dificultad. Fué la primera la persecución importuna de cierto hombre desalmado, que dió en burlarse de Ignacio siempre que le encontraba en la calle. «Todas las veces que nuestro Padre salía por las calles á pedir su limosna, dice el P. Francisco Vázquez (1), por una acera, aquel hombre iba por la otra contrahaciendo por mofa cuanto nuestro Padre hacía. Los que lo veían no sabían de qué admirarse más, si de la maldad del uno ó de la bondad y paciencia del otro.» Otra vez le tentó el demonio á las claras, para hacerle volver atrás de la senda emprendida. ¿No sería mejor, le representó un día, tomar los vestidos que dejaste y servir á Dios en tu estado, sin meterte entre la horrrura de estos mendigos? Á esta tentación respondió Ignacio, arrojándose más á los pobres y dándoles mayores muestras de amor. Otro día le empezó á fatigar un pensamiento tristísimo. ¿Quién resiste esta vida tan dura cincuenta años que aun has de vivir? Y ¿quién me asegura, contestó Ignacio, que he de vivir una hora? Con esto desvaneciése la tentación, y nuestro santo penitente prosiguió adelante en la empresa comenzada.

3. Pronto se dió á conocer en toda Manresa el espíritu que animaba á aquel mendigo singular. El hecho de haber dado sus preciosos vestidos á un pobre en Monserrat se divulgó rápidamente en el pueblo. Corrió la voz en Manresa de que era un insigne caballero, y cre-

(1) Este Padre, que fué rector de Marchena, escuchó este episodio en 1573 á un clérigo anciano de Manresa que lo presencié. Conservamos la carta original del P. Vázquez y además una copia de ella en la *Varia Historia*, t. I, f. 32.

ciendo como suele la fama de lo desconocido, ponderábase aún más de lo que era la grandeza de su valor, la nobleza de su linaje y las altas dotes que se encubrían bajo aquel tosco saco. Además de la buena Inés Pascual, que desde el primer día mostró á Ignacio afecto de madre, se fueron acercando á él poco á poco varias señoras piadosas de Manresa, entre las cuales nombran los procesos á cuatro más distinguidas: Brianda Paguera, Ángela Amigant, Micaela Canelles y Ruidora ó Redaura. Éstas y otras señoras empezaron muy pronto á escuchar los buenos consejos que les daba Ignacio, y sin esperar á que llamase á sus puertas, le enviaban la limosna al hospital de Santa Lucía (1).

4. Á los cuatro meses de vivir en Manresa empezaron para Ignacio sus más graves tribulaciones. Acontecíale estar rezando con mucho fervor, y de repente como que se le secaba el corazón, y quedaba sumido en tedio y amargura. Proseguía, no obstante, lo comenzado, y al cabo de algún tiempo, mayor ó menor, sentía entrar en su alma el torrente de la suavidad y devoción que antes la inundaba. Estas singulares alternativas de alegría y de tristeza, estas idas y venidas del gusto espiritual, le llenaron de extraña confusión y le infundieron cierto pavor sobre la carrera que emprendía. Pero esto no era sino el preludio de la batalla. Lo terrible fué que le empezaron á venir dudas y escrúpulos sobre su confesión general. Él la había hecho con extremada diligencia; pero con todo eso, turbado con las imaginaciones sugeridas por el demonio, empezó á cavilar sobre este asunto: si callé tal pecado, si omití tal circunstancia, si desfiguré tal hecho, y con la agitación de estas ideas, se llenaba su alma de una amargura y zozobra indescriptible.

5. Deseando hallar sosiego en tales congojas, consultó á varios confesores, y por fin se puso en manos de un docto Padre Dominicó, predicador ordinario de la Seo. Éste, para conocer mejor la conciencia de su penitente, le mandó escribir todo cuanto pasaba por su alma. Hízolo así Ignacio, y presentó su escrito al confesor. Examinólo éste, y ordenó al santo que no repitiese la confesión de sus pe-

(1) Uno de los que le llevaron estas limosnas fué Bernardo Matilla, niño entonces de ocho á nueve años que vivía en 1595, y atestiguó el hecho en los procesos. He aquí sus palabras en catalán: «*Et asso dix saber ell testimoni per haver vist lo dit Pare Ignacio apres de ser arribat en aquesta ciutat de Manresa estar en lo dit hospital de Sancta Lucia y haverle aportat a meniar moltes voltes per orde de samare.*» Poco antes dice que lo que le enviaba la señora al santo para comer era «*una cistelletta ab una olletta de caldo.*» (Proceso de Barcelona y Manresa, f. 333.)

cados, si no estaba enteramente cierto de haber omitido alguno. Tranquilizóse al pronto Ignacio, pero luego el demonio volvió á la carga, representándole que, efectivamente, era cierto que no se había confesado bien. Recrecióse la tribulación con la circunstancia de apretarle más los escrúpulos en la misa y al ir á comulgar. Tal vez le sucedió, después de arrodillarse para recibir la Eucaristía, retirarse del altar, temiendo cometer un sacrilegio.

Vivía por aquellos días en el convento de los Padres Dominicó, los cuales, sin duda por indicación del confesor, compadecidos de la pobreza y angustias de Ignacio, le habían recogido y le cuidaban con mucha caridad. Estábase largas horas encerrado en la celda que le dieron, llorando amargamente y pidiendo tal vez á gritos socorro á la divina misericordia. Quiso el demonio acabarle con un golpe decisivo. Había en el suelo de la celda un grande agujero, que se cerraba con una puerta, y daba á una profundidad grandísima. Propúsole el demonio que, pues no hallaba consuelo en esta vida, acabase con ella, precipitándose en aquel abismo. Ignacio, aunque horrorosamente afligido, se contuvo ante semejante maldañ y resistió á la tentación.

Ocurriásele como remedio final á tantos males, que el confesor le mandase no pensar absolutamente en sus pecados; pero por lo mismo que salía de él, tenía Ignacio por sospechoso este remedio. En esto acordóse haber leído de un santo que, para alcanzar cierta gracia del Señor, había estado en ayunas hasta que la obtuvo. Determinó imitar este ejemplo, y un domingo, después de comulgar, se encaminó á la capilla de Nuestra Señora de Villadordis, adonde tan á menudo solía retirarse á orar. Allí empezó á pasar los días de aquella semana en absoluto ayuno y en prolongada oración, implorando sin cesar el auxilio de la divina misericordia. ¡Cuán respetable debe ser para nosotros la capilla de Villadordis, donde nuestro santo Padre toleró la más grave tribulación, é hizo la más áspera penitencia de toda su vida! (1). Al cabo de algunos días echáronle de menos en la ciudad las piadosas mujeres que escuchaban sus consejos y le socorrían con sus limosnas. Salieron á buscarle por diversas partes, y dieron con él en la capilla de Villadordis. Hallábase Ignacio tan ma-

(1) Esta circunstancia del sitio en que ayunó nuestro santo, y del encuentro con las piadosas señoras, no la nombran ni Cámara, ni Ribadeneira, ni los primeros Padres; pero la ponen muy explícita los procesos de la beatificación. Véase *Acta Beatificationis S. Ign.*, art. 45, donde se alega el testimonio del quinto testigo de Manresa.